

## La biblioteca portátil

Leonardo Martínez Carrizales \*



En el mes de agosto pasado, la Secretaría de Educación Pública dio a conocer el proyecto de "bibliotecas de aula". Se trata de un plan de apoyo a la enseñanza impartida por el Estado que consiste en proveer de un repertorio de libros selectos a cada uno de los salones de clase de nivel primaria y secundaria en nuestro país. Entre esos libros, no sólo se contemplan obras de literatura y humanidades, sino también obras de información general, científica y técnica. Este proyecto viene a vincularse con una de las banderas que más se han agitado en los últimos tiempos por parte del gobierno del presidente Vicente Fox en materia de política cultural. Me refiero a la creación de un país de lectores.

Los operadores de esta iniciativa han proclamado sin ambages el espíritu que sustenta sus empeños: llevar los libros a las aulas; familiarizar a nuestros estudiantes con los libros acercándoles estos objetos a sus narices. Si examinamos atentamente las palabras de quienes se han pronunciado a este respecto, descubriremos que no hay una sola persona que haya rebatido los fundamentos de esta medida, aunque sí algunos aspectos secundarios. Veamos.

Inmediatamente, el proyecto de las bibliotecas de aula dio de qué hablar. En términos generales, las opiniones hostiles a estos repositorios portátiles de libros se concentraron en la selección de los títulos y de los autores. Algunos escritores y periodistas se preguntaron con grandilocuencia cómo era posible dejar fuera de este repertorio a Alfonso

Reyes, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Otros más ambiciosos se declararon asombrados por la falta de Homero y Ovidio en las listas oficiales. Tengo por cierto para mí que la gritería tuvo dos consecuencias palpables. La primera, atizar la crítica habitual de algunos sectores intelectuales contra los ramos educativo y cultural del gobierno foxista; la segunda, reivindicar una vez más la simpatía de la cual gozan personajes como Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis o Elena Poniatowska entre ciertas zonas de la población ilustrada con capacidad de hacerse escuchar en el debate público. Las críticas afincaron a cada quien en sus convicciones y dejaron de escucharse cuando el tema pasó de moda. Entre tanto, el proyecto de las bibliotecas de aula siguió su marcha sin contratiempos: las prensas ya se habían echado a andar para satisfacer la demanda de este programa.

Nadie pudo ni quiso encauzar las divergencias de opinión hacia una polémica bien planteada en torno al papel que desempeña la lectura en la enseñanza, y al concurso que la literatura puede prestar en la adquisición y desarrollo de las facultades letradas. En vez de ello, los interesados en asistir a la discusión de las bibliotecas de aula tuvimos que conformarnos con las necesidades románticas que postulan al libro como puerta hacia la emancipación espiritual, la ignorancia de quienes sólo conocen como gran literatura a Carlos Fuentes, y la estulticia de nuestros funcionarios públicos. Esto último merece nota aparte.

Un funcionario de la SEP, con el propósito de evitarse enojosas controver-

sias, prefirió el camino de la contundencia. Según él, las bibliotecas de aula representan la iniciativa más importante en materia educativa que se haya dado en México luego del vasconcelismo. ¡Ni más ni menos! Por un lado, el funcionario de marras ignora las políticas públicas implementadas por Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública; por otro, se trepa al carro completo del ministro Vasconcelos, lugar común prestigioso de nuestro tiempo que celebra sin mucha información la generosidad del *Ulises criollo*, y que oculta el fracaso histórico de aquella cruzada educativa. El partidario entusiasta de Reyes Tamez no aceptaría que en términos de adquisición y desarrollo de las facultades de lectoescritura durante la enseñanza media, así como la incorporación del hábito de la lectura a la conducta del ciudadano en formación, el vasconcelismo ya representaba un retroceso respecto de la norma instaurada por la Escuela Nacional Preparatoria tanto republicana como porfirista. La discusión de esta clase de problemas por parte de hombres como Longinos Cadena, Salvador Codero, Manuel G. Revilla y Pedro Henríquez Ureña, todos ellos profesores de la Preparatoria durante los últimos lustros del porfiriato, no guarda proporción alguna con el pobre debate de nuestros días. El problema que actualmente nos inquieta acerca de la lectura y la educación pública se ha venido gestando por casi un siglo; en consecuencia, ninguna biblioteca de aula revertirá un proceso relacionado con los estratos más profundos de la formación social, el sistema educativo y la institución literaria mexicanos. En la discusión del problema, tanto los funcionarios como sus críticos nos han probado su incapacidad.

En última instancia, a nadie le molestó el hecho de que esta iniciativa del gobierno diese por sentada la necesidad de acercar los libros a los alumnos,

\* Escritor y crítico literario

en vez de llevar a los alumnos a las bibliotecas ya establecidas. Proveer de casi 300 libros a todos los salones de clase del país multiplicará la producción de estas mercancías garantizándoles un comprador seguro: el gobierno mexicano. En los hechos, las bibliotecas de aula representan un plan de apoyo financiero a un sector de la industria editorial con cargo al erario público, y con un incierto impacto en la formación de los estudiantes.

En cambio, conducir a los alumnos a las bibliotecas, además de una planeación pedagógica muy refinada, implicaría un programa de apoyo y mejoramiento de las instituciones bibliotecarias del país. ¿Por qué no mejorar y actualizar acervos ya constituidos de libros en vez de improvisar y multiplicar miles de nuevos repositorios? Así, el erario público podría destinarse a la compra de menos libros pero mejor seleccionados y, sobre todo, a la manutención e incremento de un capital económico y social ya acumulado, y que se traduce en la infraestructura bibliotecaria del país, así como también en el personal y las capacidades profesionales relacionados con esa infraestructura.

El libro no es una condición sino un efecto de la curiosidad intelectual. El problema de la lectura no radica en la adquisición de libros, sino en el estímulo de la curiosidad intelectual. ¿Cómo hacer que un ser humano sienta la necesidad de leer? ¿Cómo despertar esa vocación, ese llamado a la conversación silenciosa con los otros mediante signos? He aquí el punto central de cualquier programa de fomento a la lectura. Por ello sostengo la necesidad de plantearse como un asunto de Estado la conducción de los niños y los jóvenes a las bibliotecas ya constituidas: a esas aduanas que, de acuerdo con sus propios testimonios, los grandes curiosos del pensamiento y la creación literaria han cruzado en su camino hacia la ciudadanía de la lectura. ●

## El desafío cumplido

Sergio González Rodríguez \*

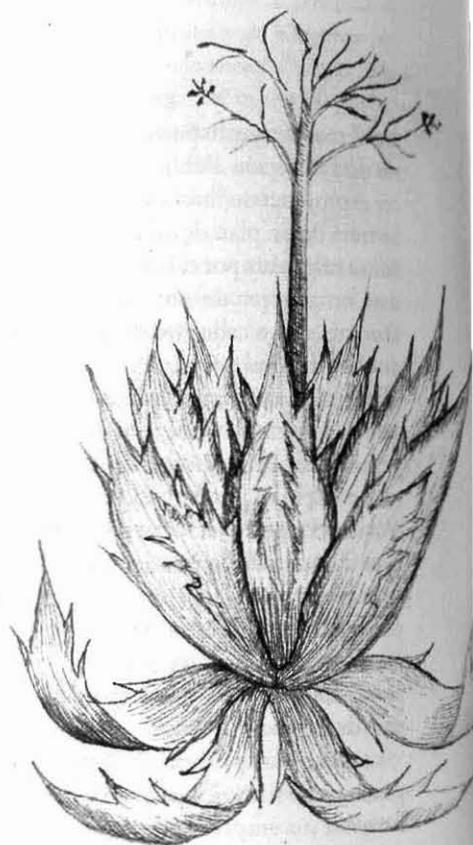
Días atrás, de visita en Oaxaca, acudí al taller del pintor estadounidense-oaxaqueño Jonathan Barbieri. Bebíamos mezcal delicioso. Me acompañaba una amiga universitaria. Linda, morena clara, de sonrisa espléndida, breve, de inteligencia incisiva, soltera.

Pertenece a una generación de jóvenes que incluyeron la narcosis como parte de su aprendizaje sentimental. No puede salir a la calle sin darle al menos un golpe a un pitillo de mariguana. A lo largo de cualquier día, repite la dosis dos o tres veces. Igual que los sesenteros y los hippies y los poshippies.

También, a la usanza de ochenteros, los yuppies y los posyuppies, se aproxima a veces a los polvos blancos que la tierra colombiana pone al servicio de los deseosos. Recuerdo que, ante los cuadros del artista originario de San Francisco, nos hundimos en una discusión disparatada sobre el significado experimental del consumo de drogas —antes, habíamos tenido una escaramuza en torno de la pertinencia de las hamburguesas en la dieta del pueblo oaxaqueño—. Y salieron a relucir los nombres restallantes de Ernst Jünger, Aldous Huxley, William S. Burroughs, Antonio Escohotado, que se yo...

Como suele suceder en tales ocasiones, comencé a defender un punto de vista contrario al de mi amiga, y terminé por darle la razón. A su vez, ella concluyó que mis puntos de vista previos eran más sensatos que los suyos. No me pregunten en qué consistía el contenido de tan travestibles alegatos. Un absoluto delirio. Ella argumentaba con los aforismos de E. M. Cioran en la boca. Yo le respondía con ideas del filósofo de Dolores Hidalgo, José Alfredo Jiménez.

\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



Maguay Tobalá. Dibujo del siglo XVIII

El pintor atendía, un ojo al gato, otro al garabato, nuestro duelo intergeneracional, afectivo. Y se apresuraba a tomar bocetos y apuntes de nuestros rostros encendidos. Mi amiga y yo nos veíamos idénticos a los personajes de sus cuadros: a medio camino entre Francis Bacon, el expresionismo figurativo, Lucien Freud y un atisbo al *delirium tremens* de Ignacio Solares —claro, cuando él bebía, a *long time ago*.

En un momento dado, mi amiga me retó:

—No creo que seas capaz de interpretar siquiera alguno de los cuadros que nos rodean.

—¡Ah, cómo diablos no! —respondí, herido en mi virginidad cerebral—